

Después de la prisión, Riouffe es más explícito:

«Me habían encarcelado (dice) juntamente con un español que había venido á Francia á buscar la libertad bajo la garantía de la fe nacional. Perseguido por la inquisición religiosa de su país, había caído en Francia en manos de la inquisición política de los comités revolucionarios. No he conocido un alma más entera ni más enérgicamente enamorada de la libertad, ni más digna de gozar de ella. Fué su destino ser perseguido por la causa de la República, y amarla cada vez más. Contar mis desgracias es contar las suyas. Nuestra persecución tenía las mismas causas; los mismos hierros nos habían encadenado; en las mismas prisiones nos encerraron, y un mismo golpe debía acabar con nuestras vidas.....»

El calabozo donde fueron encerrados Riouffe, Marchena y otros girondinos tenía sobre la puerta el núm. 13. Allí escribían, discutían y se solazaban con farsas de pésimo gusto. Todos ellos eran ateos, *muy crudos, muy verdes*, y, para inicua diversión suya, vivía con ellos un pobre benedictino, santo y pacientísimo varón, á quien se complacían en atormentar de mil exquisitas maneras. Cuándo le robaban su breviario, cuándo le apagaban la luz, cuándo interrumpían sus devotas oraciones con el estribillo de alguna canción obscena. Todo lo llevaba con resignación el infeliz monje, ofreciendo á

Dios aquellas tribulaciones, sin perder nunca la esperanza de convertir á alguno de aquellos desalmados. Ellos, para contestar á sus sermones y argumentos, imaginaron levantar altar contra altar, fundando un nuevo culto con himnos, fiestas y música. Al flamante irrisorio dios le llamaron *Ibrascha*, y Riouffe redactó el símbolo de la nueva secta, muy parecido á lo que fué luego el credo de los *theophilántropos*. Y es lo más peregrino que el inventor llegó á tomarla por lo serio, y todavía cuando muchos años después redactaba sus Memorias, convertido ya en personaje grave y en funcionario del Imperio, no quiso privar á la posteridad del fruto de aquellas lucubraciones, y las insertó en toda su extensión, diciendo que «aquella religión (!) valía tanto como cualquiera otra, y que sólo podría parecer pueril á espíritus superficiales».

Las ceremonias del nuevo culto comenzaron con grande estrépito: entonaban á media noche un coro los adoradores de *Ibrascha*, y el pobre monje quería superar su voz cantando el *De profundis*; pero débil y achacoso él, fácilmente se sobreponía á sus cánticos el estruendo de aquella turba desaforada. A ratos quería derribar la puerta del improvisado santuario, y ellos le vociferaban: «¡Sacrilego, espíritu fuerte, incrédulo!»

En medio de esta impía mascarada adoleció

gravemente Marchena, tanto que en pocos días llegó á peligro de muerte. Apuraba el benedictino sus esfuerzos para convertirle, pero él á todas sus cristianas exhortaciones respondía con el grito de «¡Viva Ibrascha!».

Y, sin embargo, en la misma cárcel, teatro de estas pesadísimas bromas con la eternidad y con la muerte, leía asiduamente Marchena la *Guía de pecadores* de Fr. Luis de Granada. ¿Era todo entusiasmo por la belleza literaria? ¿Era alguna reliquia del espíritu tradicional de la vieja España? Algo habría de todo, y quizá lo aclaren estas palabras del mismo Marchena al librero Faulí, en Valencia, el año 1813:

«¿Ve usted este volumen, que por lo ajado muestra haber sido tan manoseado y leído como los breviarios viejos en que rezan diariamente nuestros clérigos? Pues está así porque hace veinte años que le llevo conmigo, sin que se pase día en que deje de leer en él alguna página. Él me acompañó en los tiempos del Terror en las cárceles de París; él me siguió en mi precipitada fuga con los girondinos; él vino conmigo á las orillas del Rhin, á las montañas de Suiza, á todas partes. Me pasa con este libro una cosa que apenas sé explicarme. Ni lo puedo leer, ni puedo dejar de leerlo. No lo puedo leer, porque convence mi entendimiento y mueve mi voluntad de tal suerte, que, mientras le estoy leyendo, me parece que soy tan cristiano como usted y como las

monjas, y como los misioneros que van á morir por la fe católica en la China ó en el Japón. No lo puedo dejar de leer, porque no conozco en nuestro idioma libro más admirable.»

El hecho será todo lo extraño que se quiera, pero su explicación ha de buscarse en las eternas contradicciones y en los insondables abismos del alma humana, y no en el pueril recurso de decir que el abate Marchena gustaba sólo en Fr. Luis de la pureza y armonía de la lengua. No cabe en lo humano encariñarse hasta tal punto con un escritor cuyas ideas totalmente se rechazan. No hay materia sin alma que la informe; ni nadie, á no estar loco, se enamora de palabras vacías, sin parar mientes en su contenido.

Pero tornemos á Marchena y á sus compañeros de prisión. Casi todos fueron subiendo, en el transcurso de pocos meses, al cadalso. Los veintiún diputados girondinos (Vergniaud, Gensonné, Brissot, Lassource, Lacaze, Fauchet, Fonfrède, Ducos.....) en 31 de Octubre; Mad. Roland, la ninfa Egeria, la gran sacerdotisa de la Gironda, en 9 de Noviembre; el ministro Le Brun en 27 de Diciembre; y antes y después otros más oscuros, sin contar con los que perecieron en provincias, como Salle, Guadet y Barbaroux, ejecutados en Burdeos; y los que como Roland, Condorcet y otros

muchos apelaron al suicidio por medio del puñal ó del veneno.

Marchena fué de los pocos que salieron incólumes de aquel general exterminio, ya por su calidad de extranjero, ya por ser figura de segundo orden en su partido, á pesar de la notoriedad que tenía como periodista y orador de club. Pero lo cierto es que, sintiéndose ofendido por la preterición, había escrito á Robespierre aquellas extraordinarias provocaciones, algo teatrales en verdad, aunque el valor moral del autor las explique y defienda: «Tirano, me has olvidado.» «Ó márame, ó dame de comer, tirano.» Hay en todos estos apotegmas y frases sentenciosas del tiempo de la Revolución algo de *laconismo* y de estoicismo de colegio, un infantil empeño de remedar á Leónidas y al rey Agis, á Trasíbulo, á Timoleón y á Tráseas, que echa á perder todo el efecto hasta en las situaciones más solemnes. Yo no llamaré, como Latour y otros, sublimes insolencias á las de Marchena, porque toda afectación, aun la de valor, me parece mala y viciosa. La muerte se afrenta y se sufre honradamente cuando viene; no se provoca con carteles de desafío, ni con botaratadas de estudiante. No murieron así los grandes antiguos, aunque mueran así los antiguos del teatro.

Pero los tiempos eran de retórica, y á Robespierre le encantó la audacia de Marchena.

Y aún hubo más: quiso atraérsele y comprar su pluma, á lo cual Marchena se negó con digna altivez, continuando en la Conserjería, siempre bajo el amago de la cuchilla revolucionaria, hasta que vino á restituirle la libertad la caída y muerte de Robespierre en 9 de Thermidor (27 de Julio de 1794).

La fortuna pareció sonreírle entonces. Le dieron un puesto, aunque subalterno, en el *Comité de salvación pública*, y empezó á redactar con Poulthier un nuevo periódico, *El Amigo de las leyes*. Pero los thermidorianos vencedores se dividieron al poco tiempo, y Marchena, cuyo perpetuo destino era afiliarse á toda causa perdida, se declaró furibundo enemigo de Tallien, Legendre y Fréron; escribió contra ellos venenosos folletos (1); perdió su

(1) «Una multitud de hombres que tenían fama en la literatura ó que habían figurado en las antiguas asambleas, se presentaron en las tribunas de las secciones. Suard, Morellet, Lacrosette *junior*, Fiévée, Vaublanc, Pastoret, Dupont de Nemours, Quatremère de Quincy, Delalot, el fogoso converso La Harpe, el general Miranda, escapado de las prisiones en que había sido encerrado á consecuencia de su conducta en Nerwinde, *el español Marchena, que había logrado salvarse de la proscripción de sus amigos los girondinos*, el jefe de la agencia realista Lemaître, se distinguieron en folletos y discursos vehementes: todos los enemigos de la Convención se desataron contra ella.»

Así Mr. Thiers, en su *Histoire de la Révolution Fran-*

empleo; se vió otra vez perseguido y obligado á ocultarse; sentó, como en sus mocedades, plaza de conspirador, y fué denunciado y proscripto, en 1795, como uno de los agitadores de las secciones del pueblo de París en la jornada de 5 de Octubre contra la Convención (1).

Pasó aquella borrasca; pero no se aquietó el ánimo de Marchena. Al contrario, en 1797 le vemos haciendo crudísima oposición al Directorio, que para deshacerse de él no halló medio mejor que aplicarle la ley de 21 de Floreal contra los extranjeros sospechosos, y arrojarle del territorio de la República. Conducido por gente armada hasta la frontera de Suiza, fué su primer pensamiento refugiarse en la casa de campo que tenía en Coppet su antigua amiga Mad. de Stael, cuyos salones había frecuentado él en París. Pero la futura *Corina* no quería indisponerse con el Directorio, y además no

*país*, t. VIII, cap. I, al referir la coalición de realistas y republicanos exaltados contra la Convención, con motivo de la promulgación de la Constitución llamada del año III y de los decretos de 5 y 13 de Fructidor. Sabido es que este conflicto terrible fué resuelto por Bonaparte y Barras en la jornada de 13 de Vendimiario con la derrota de las secciones insurrectas.

(1) De todo esto hay datos en la *Biographie Universelle* de Michaud, y en la ya citada nota de D. Sebastián Miñano á su traducción de la *Historia de la Revolución francesa* de Thiers.

gustaba de la insufrible mordacidad y del cinismo nada culto de Marchena, á quien Chateaubriand (que le conoció en aquella casa) define en sus *Memorias de Ultratumba* con dos rasgos indelebles: «*Sabio inmundo y aborto lleno de talento.*» Lo cierto es que la castellana de Coppet dió hospitalidad á Marchena, pero con escasas muestras de cordialidad, y que á los pocos días riñeron del todo, vengándose Marchena de Mad. de Stael con espantosas murmuraciones.

Decidido á volver á Francia, entabló reclamación ante el Consejo de los Quinientos para que se le reconocieran los derechos de ciudadano francés; y mudándose los tiempos, según la vertiginosa rapidez que entonces llevaban las cosas, logró, no sólo lo que pedía, sino un nombramiento de oficial de Estado Mayor en el ejército del Rhin, que mandaba entonces el general Moreau, célebre por su valor y por sus rigores disciplinarios.

Agregado Marchena á la oficina de contribuciones del ejército en 1801, mostró desde luego aventajadas dotes de administrador militar laborioso é íntegro, porque su entendimiento rápido y flexible le daba recursos y habilidad para todo. Quiso Moreau en una ocasión tener la estadística de una región no muy conocida de Alemania, y Marchena aprendió en poco tiempo el alemán, leyó cuanto se

había escrito sobre aquella comarca, y redactó la estadística que el general pedía, con el mismo aplomo que hubiera podido hacerlo un geógrafo del país.

Pero no bastaban la topografía ni la geodesia para llenar aquel espíritu curioso, ávido de novedades y esencialmente literario: por eso en los cuarteles de invierno del ejército del Rhin volvía sin querer los ojos á aquellos dulces estudios clásicos que habían sido encanto de los alegres días de su juventud en Sevilla. Entonces forjó su breve fragmento de Petronio, fraude ingenioso, y cuya fama dura aún entre muchos que jamás le han visto. Sus biógrafos han tenido muy obscuras é inexactas noticias de él. Unos han supuesto que estaba en verso; otros han referido la sospechosa anécdota de que habiendo compuesto Marchena una canción harto libre en lengua francesa, y reprendiéndole por ella su general Moreau, se disculpó con decir que no había hecho más que poner en francés un fragmento inédito del *Satyricon* de Petronio, cuyo texto latino inventó aquella misma noche y se le presentó al día siguiente, cayendo todos en el lazo.

Todo esto es inexacto, y hasta imposible, porque el fragmento no está en verso, ni ha podido ser nunca materia de una canción, sino que es un trozo narrativo, compuesto *ad hoc* para llenar una de las lagunas del *Satyricon*,

de tal suerte, que apenas se comprendería si le desligásemos del cuadro de la novela en que entra. Sabido es que esta singular novela de Petronio, *auctor purissimae impuratis*, monumento precioso para la historia de las costumbres del primer siglo del Imperio, ha llegado á nosotros en un estado deplorable, llena de vacíos y truncamientos, donde quizás haya desaparecido lo más precioso, aunque haya quedado lo más obscuro. El deseo de completar tan curiosa leyenda ha provocado supercherías y también errores de todo género, entre ellos aquel que con tanta gracia refiere Voltaire en su *Diccionario filosófico*. Leyó un humanista alemán en un libro de otro italiano no menos sabio: «*Habemus hic Petronium integrum, quem saepe meis oculis vidi, non sine admiratione.*» El alemán no entendió sino ponerse inmediatamente en camino para Bolonia, donde se decía que estaba el Petronio entero. ¡Cuál no sería su asombro cuando le mostraron en la iglesia mayor el cuerpo íntegro de San Petronio, patrono de aquella religiosa ciudad!

Lo cierto es que la bibliografía de Petronio es una serie de *fraudes honestos*. Cuando en 1622 apareció en Trau de Dalmacia el insigne fragmento de la *Cena de Trimalción*, que era el más extenso de la obra y casi duplicaba su volumen, no faltó un falsario llamado Nodot

que, aprovechándose del ruido que había hecho en toda Europa literaria aquel hallazgo, fingiese haber descubierto en Belgrado (*Alba-graeca*), el año 1688 un nuevo ejemplar de Petronio, en que todas las lagunas estaban colmadas. A nadie engañó tan mal hilada invención, porque los supuestos fragmentos de Nodot están en muy mal latín y abundan en groseros galicismos, como lo pusieron de manifiesto Leibnitz, Crammer, Perizonio, Ricardo Bentley y otros cultivadores de la antigüedad. Pero como quiera que los suplementos de Nodot, á falta de otro mérito, tienen el de dar claridad y orden al mutilado relato de Petronio, siguen admitiéndose tradicionalmente en las mejores ediciones.

Marchena fué más afortunado, por lo mismo que su fragmento es muy corto, y que puso en él los cinco sentidos, bebiendo los alientos al autor, con aquella pasmosa facilidad que él tenía para remedar estilos ajenos. Toda la malicia discreta y la elegancia un poco relamida de Petronio, atildadísimo cuentista de decadencia, han pasado á este trozo, que debe incorporarse en la descripción de la monstruosa zambra nocturna de que son actores Gitón, Quartilla, Pannychis y Embasicetas. Claro que un trozo de esta especie, en que el autor no ha emulado sólo la pura latinidad de Petronio, sino también su desvergüenza inaudita,

no puede trasladarse íntegro en esta colección; con todo eso, y á título de curiosidad filológica, pongo en nota algunas líneas, que no ofrecen peligro, y que bastan para dar idea de la manera del abate andaluz en este notable ensayo (1).

(1) *Fragmentum Petronii, ex bibliothecae S. Galli antiquissimo ms. excerptum, nunc primum in lucem editum, gallice vertit ac notis perpetuis illustravit Lallemandus, Sacrae Theologiae doctor.* (Toda esta portada es burlesca, como se ve: la edición se hizo en Basilea en 1802; es hoy rarísima, y apenas hay biblioteca pública que la posea.) Ha sido reimpresa el año 1865 en Bruselas, con la falsa data de Soleure, precedida de una introducción biográfica, escrita por el *bibliófilo Jacob* (Paul Lacroix). La tirada fué cortísima, y sólo para aficionados (112 ejemplares numerados, y 20 más en papel superior). Es un cuadernito de VIII páginas preliminares y 53 de texto.

El fragmento sin las notas puede leerse en uno de los apéndices del *Catulo* de Noël (año XI, 1803, pág. 344), y traducido al francés, figura también en el *Petronio* de la colección Nisard, donde es lástima que falte el texto latino. Véase alguna muestra de él:

«*Haec dum fiunt, ingenti sono fores repente perstrepunt, omnibusque quid tam inopinus sonitus esset mirantibus, militem, ex excubiis nocturnis unum, districto gladio, adolescentulorumque turba stipatum conspicimus. Trucibus ille oculis ac Thrasonico gestu omnia circumspiciebat: tandem Quartillam intuens: Quid est (inquit) mulier impudentissima? Falsis me pollicitationibus ludis, nocteque promissa fraudas? At non impune feres, tuque amatorque iste tuus me esse hominem intelligetis.... Tum vero anus illa ipsa, quae dudum me domicilium quaerentem luserat, velut e coelo demissa, miserae Pannychidi auxilio fuit.*

El éxito de esta *facecia* fué completísimo. Marchena la publicó con una dedicatoria jocosa al ejército del Rhin (1) y con seis largas notas de erudición picaresca, que pasan, lo mismo que el texto, los límites de todo razonable desenfado, por lo cual no nos hemos atrevido á incluirlas en la colección de los escritos sueltos de Marchena. Estas notas son mucho más largas que el texto que comentan, al modo que lo vemos en el *Chef d'œuvre d'un inconnu*, y en otros pasatiempos semejantes, cuyos autores han querido satirizar la indigesta erudición con que suelen abrumar los comentadores el texto que interpretan.

*Magnis illa clamoribus domum intrat, vicum pererrare praedones autumat; frustra cives Quiritium fidem implorare, nec vigilum excubias, aut somno sopitas, aut comessationibus intentas praesto esse. Hic miles graviter commotus, praecipitanter se ex Quartillae domo abduxit, eam insecuti comites, Pannichida impendente periculo, nos omnes metu, liberarunt.....»*

Siento no poder copiar lo más característico del relato. Noël (que, como queda dicho, le copió entero y le elogia mucho) llama á Marchena *español notable por la prodigiosa variedad de sus conocimientos*.

(1) En esta dedicatoria daba cuenta de su hallazgo en los términos siguientes:

«Las conquistas de los franceses han contribuído mucho, durante estas últimas guerras, al progreso de las ciencias y de las letras. El Egipto nos ha revelado monumentos de sus primeros habitantes que la ignorancia y la superstición de los coptos y de los musulmanes ocultaban

A pesar del tono de broma de las notas y del preámbulo, la falsificación logró su efecto. Un profesor alemán *demonstró* en la *Gaceta Literaria Universal* de Jena la autenticidad de aquel fragmento: el Gobierno de la Confederación Helvética mandó practicar investigaciones oficiales en busca del códice del Monasterio de S. Gall donde Marchena declaraba haber hecho su descubrimiento. ¡Cuál sería la sorpresa y el desencanto de todos, cuando Marchena declaró en los papeles periódicos

á las naciones ilustradas. Las bibliotecas de los conventos de los diferentes países conquistados han sido exploradas por los sabios y han visto la luz manuscritos preciosos.

»No es la menos interesante de estas adquisiciones el fragmento de Petronio, que ofrecemos al público, sacándole de un antiguo manuscrito, que la bravura invencible de los soldados conquistadores de S. Gall nos ha permitido examinar. Hemos hecho este importante descubrimiento leyendo un pergamino que contiene la obra de San Gennadio sobre los deberes de los presbíteros. Este códice, por la forma de sus caracteres, nos parece datar del siglo XI. Un examen más atento nos ha hecho ver que la obra del Santo estaba escrita en hojas que contenían ya otra escritura, que se había intentado borrar. Se sabe que en estos siglos de ignorancia era frecuente escribir los libros eclesiásticos sobre códices que contenían las obras de los autores de la más pura latinidad. Á fuerza de trabajo hemos llegado á descifrar el trozo que damos al público, y cuya autenticidad nadie puede poner en duda..... El estilo del latín tiene tan impreso el sello original de Petronio, que es imposible creer apócrifo este fragmento.»

ser único autor de aquel bromazo literario! Y cuentan que hubo sabio del Norte que ni aun así quiso desengañarse.

En las notas quiso alardear Marchena de poeta francés, así como en el texto se había mostrado ingenioso poeta latino. Su traducción de la famosa oda ó fragmento segundo de Safo, tan mal traducida y tan desfigurada por Boileau, no es ciertamente un modelo de buen gusto, y adolece de la palabrería á que parece que inevitablemente arrastran los alejandrinos franceses; pero tiene frases ardorosas y enérgicas que se acercan al original griego (ó á lo menos á la traducción de Catulo) más que la tibia elegancia de Boileau, de Philips ó de Luzán:

*A peine je te vois, à peine je t'entends,  
 .....  
 Immobile, sans voix, accablée de langueur,  
 D'un tintement soudain mon oreille est frappée,  
 Et d'un nuage obscur ma vue enveloppée:  
 Un feu vif et subtil se glisse dans mon cœur.*

El *tintinnant aures* nunca se ha traducido mejor (1).

Animado Marchena con el buen éxito de

(1) Á propósito de la segunda oda de Safo (de que hay en castellano seis ó siete traducciones, entre ellas una mía), recordaré que nuestro ilustre comentador de

sus embustes, quiso repetirlos, pero esta vez con menos fortuna, por aquello de *non bis in idem*. Escribió, pues, cuarenta exámetros á nombre de Catulo, y como si fueran un trozo perdido del canto de las Parcas en el bellissimo *Epitalamio de Tetis y Peleo*, y los publicó en París el año de 1806, con un prefacio de bur-las, en que zahería poco caritativamente la pasada inocencia de los sesudos filólogos alemanes.

«Si yo hubiera estudiado latinidad (decía) en el mismo colegio que el célebre doctor en Teología Lallemand, editor de un fragmento de Petronio, cuya autenticidad fué demostrada en la *Gaceta* de Jena, yo probaría, comparando este trozo con todo lo demás que nos queda de Catulo, que no podía menos de ser suyo; pero confieso mi incapacidad, y dejo este cuidado á plumas más doctas que la mía (1).»

Catulo, Aquiles Estazo (*Staius*) completó la versión latina del poeta veronés con la siguiente estrofa, no digna ciertamente de caer en olvido:

*Sudor it late gelidus trementi  
 Artubus totis, violamque vincit  
 Insidens pallor, moriens nec auras  
 Ducere possum.*

(1) *Catulli fragmentum*. Paris, 1806. *Firminus Didot*. (No hay más portada que ésta.) Le reimprimió Federico Schoell en su *Répertoire de littérature ancienne* (Paris, 1808, páginas 184-188), con las correcciones de Eichstaedt,



Pero esta vez el supuesto *papiro herculanense* no engañó á nadie, ni quizá Marchena se había propuesto engañar. La insolencia del prefacio era demasiado clara: los versos estaban llenos de alusiones á la Revolución francesa y á los triunfos de Napoleón, y además se le habían escapado al hábil latinista algunos descuidos de prosodia y ciertos arcaísmos afectados, que Eichstaedt, profesor de Jena, notó burlescamente como variantes.

El aliento lírico del supuesto fragmento de Catulo es muy superior al que en todos sus versos castellanos mostró Marchena. ¡Fenómeno singular! Así él como su contemporáneo Sánchez Barbero, con quien no deja de tener algunas analogías, eran mucho más poetas usando la lengua sabia que la lengua propia. Véase una muestra de esta segunda falsificación:

*Virtutem herois non finiet Hellespontus:  
Victor lustrabit mundum, qua maxumus arva*

publicadas en un programa de la Universidad de Jena el 7 de Agosto de 1807, con ocasión del nombramiento de nuevo Rector.

Eichstaedt dice de Marchena: «*Josephus Marchena, natione Hispanus, inter Franco-Gallos bellica virtute non minus quam scientia clarus, caeterum, ut Catullino quodam praeconio omnia complectamur, homo venustus, dicax et urbanus.*»

*Aethiopum ditat Nilus, qua frigidus Ister  
Germanum campos ambit, qua Thybridis unda  
Laeta fluentisona gaudet Saturnia tellus.  
Currite, ducentes subtemina, currite, fusi.*

*Hunc durus Scythia, Germanus Dacusque pavebunt:  
Nam flammae similis, quom ardentia fulmina coelo  
Juppiter iratus contorsit turbine mista,  
Si incidit in paleasque leves, stipulasque sonantes,  
Tunc Eurus rapidus miscens incendia victor  
Saevit, et exultans arva et silvas populatur:  
Hostes haud aliter prosternans alter Achilles,  
Corporum acervis ad mare iter fluviis praeccludet.  
Currite, ducentes subtemina, currite, fusi.*

*At non saevus erit, cum jam victoria laeta  
Lauro per populos spectandum ducat ovantem,  
Vincere non tantum norit, sed parcere victis.....*

No por hacer alarde de malos versos, sino para facilitar la inteligencia del fragmento poético de Marchena á los que no puedan leerle en su original, me atrevo á insertar aquí la traducción ó paráfrasis que hice veinte años ha, prescindiendo de los versos añadidos por Eichstaedt, y limitándome á los de nuestro abate, el cual los enlaza con el elogio profético de Aquiles que hay en el canto de las Parcas:

Mas ya traerán los siglos un héroe más excelso  
Invicto en las batallas más que ningún mortal:  
Será de estirpe Eácida, que sólo el fuerte Aquiles  
A tal varón pudiera noble prosapia dar:  
Le admirarán los siglos, y en tanto nuestros dedos

De las humanas gentes los hados urdirán.  
Cruzando los estambres, corred, husos ligeros:  
Del porvenir las telas fatídicos hilad.

Y no en el Helesponto se encerrará su gloria,  
Antes el orbe todo triunfante correrá:  
Los campos de Germania, que corta el Istro helado,  
Los que el Etiope Nilo fecundizando va,  
La tierra de Saturno, de mieses abundosa,  
Do lame el rojo Tíber de Remo la ciudad.  
Cruzando los estambres, etc.

De su valor ingente se asombrará el Germano,  
Y el Dacio y el Scita guerrero temblarán;  
Pues como la centella que Jove airado lanza  
Entre fragor de truenos y recia tempestad,  
Si prende en seca paja ó en resonante espiga,  
Por campos y montañas extiéndese voraz,  
Así él con muertos cuerpos atajará los ríos  
Cuando soberbios corran á sumergirse al mar.  
Cruzando los estambres, etc.

Mas cuando la victoria su frente coronare,  
¡Que brille la clemencia en su gloriosa faz!  
Triunfando y perdonando someta á los vencidos,  
Y su triunfal carroza cien pueblos seguirán.  
Cruzando los estambres, etc.

Estos serán los juegos en que el invicto Aquiles  
Los años ejercite de su primera edad;  
Y cuando rinda el hierro cansado el enemigo,  
Y al orbe retornare la fugitiva paz,  
El hórrido caudillo, las armas ya depuestas,  
En senectud gloriosa su pueblo regirá,  
Y al pueblo y al monarca los dioses sus mercedes,  
Como en el siglo de oro, sin tasa otorgarán.  
Cruzando los estambres, etc.

Nunca el furor impio su veste desgarrando  
En intestinas lides el pueblo abrasará,  
Ni hermanos contra hermanos, ni padres contra hi-  
En propia sangre el brazo feroces teñirán. [Jos  
Cruzando los estambres, etc.

Desde la sacra era de Deucalión y Pirra  
Ninguna más dichosa que esta futura edad.  
Cruzando los estambres, etc.

Además de estos trabajos publicó Marchena en Francia muchos opúsculos políticos y religiosos (ó más bien irreligiosos) de que he logrado escasa noticia, y también algunas traducciones, todo ello en lengua francesa. Entre los escritos originales figuran un *Ensayo de Teología*, que fué refutado por el Dr. Heckel en la cuestión de los clérigos juramentados; unas *Reflexiones sobre los fugitivos franceses*, escritas en 1795, y *El Espectador francés*, periódico de literatura y costumbres, que empezó á publicar en 1796, en colaboración con Valmalette, y que no pasó del primer tomo, reducido á pocos números (1). En los *Anales de Viajes* insertó una descripción de las Provincias Vascongadas.

Del inglés tradujo en 1802 la *Ojeada*, del

(1) *Essai sur la théologie*, Paris, 1797.—*Heckel à Marchena sur les prêtres assermentés.*—*Quelques reflexions sur les fugitifs français*, 1795.—*Le Spectateur Français*. Año V. 1796. 12.º

Dr. Clarke, *sobre la fuerza, opulencia y población de la Gran Bretaña*, añadiendo por apéndice la importante correspondencia inédita de David Hume y el Dr. Tucker. Del italiano una obra muy extensa é importante, que hizo época en los estudios orientales, el *Viaje á la India*, del carmelita descalzo Fr. Paulino de San Bartolomé, misionero apostólico en la costa del Malabar, y uno de los que revelaron á Europa la existencia y los misterios de la lengua sanscrita y de las religiones del Extremo Oriente. El libro original se había publicado en Roma en 1796, dedicado al Papa Pío VI. La traducción de Marchena, emprendida por encargo del librero Levrault, mereció la honra de ser escrupulosamente revisada en sus dos primeros volúmenes por el sabio Anquetil du Perron; y habiendo fallecido éste en 1805, su amigo y ejecutor testamentario, el célebre arabista Sylvestre de Sacy, se encargó de dirigir la impresión del tercer volumen y del *Atlas* que sirve de complemento á esta publicación. Las notas de Historia Natural son las mismas que acompañan á la traducción alemana de J. R. Forster, profesor de Mineralogía en Halle (1798), y al fin del tercer volumen se encuentra una Memoria original de Anquetil du Perron *sobre la propiedad individual y territorial en la India y en Egipto*, leída en varias sesiones al Instituto de Fran-

cia. Con todo este aparato de erudición oriental se presentó al público la traducción de la obra del P. Paulino, que era quizá la principal que hasta entonces se había escrito sobre la India, y puede competir con los mejores viajes del siglo pasado, por ejemplo con el de Volney á Siria y Egipto (1).

Como se ve por estos últimos escritos, la actividad de Marchena parecía dirigirse entonces á los libros de viajes y de geografía, alimento muy adecuado para su índole movедiza y aventurera. Pero el círculo de sus estudios era tan vasto, que simultáneamente le vemos ocupado en una tarea de historia jurídica, que por cierto nadie esperaba de él, y que prueba su sagaz instinto, hasta en un género de erudición que apenas había saludado. En 1798, hallándose en París con pocos recursos, solicitó del rey de España una pensión para dedicarse á investigaciones útiles á nuestra historia en la Biblioteca Nacional de la República.

(1) *Coup d'œil sur la force, l'opulence et la population de la Grande Bretagne, par le docteur Clarke.* (Paris, 1802, 8.º)

— *Voyage aux Indes Orientales, par le P. Paulin de S. Barthélemy, missionnaire, traduit de l'italien par M\*\*\*, avec les observations de MM. Anquetil du Perron, J. R. Forster et Sylvestre de Sacy.* Paris, chez Tourneisin fils, libraire, 1808. Tres tomos en 4.º y uno de Atlas en tamaño algo mayor.

«Entre los manuscritos que hay en ella (decla) citaré algunas de las leyes de los visogodos, inéditas y absolutamente desconocidas hasta ahora, que se leen en un códice del siglo VII, donde están las obras de San Jerónimo y Gennadio, *De viris illustribus*. Estas leyes se hallan esparcidas en quince ó veinte páginas, desde la 71 hasta la 144; y aunque se han raspado, y sobre el mismo pergamino se han escrito los dos tratados citados, sin embargo, muchas de estas leyes son aún legibles, y preciosísimas por su antigüedad, que sube hasta el siglo VI, y por ser las fuentes de nuestra legislación. Muchos de estos códices ilustran igualmente puntos muy esenciales de nuestra historia civil y eclesiástica y de nuestra cronología, especialmente desde Fernando I hasta los Reyes Católicos. Estos materiales son indispensables para saber á fondo nuestra historia. Como el que representa se haya ocupado con tesón en este género de investigaciones y desee continuarlas, haciendo útiles para la nación española sus trabajos literarios, y como para ello le fuera necesario abandonar cualquiera otra ocupación, solicita sobre los gastos extraordinarios de esta Embajada la pensión que fuere del agrado de S. M. concederle.»

El Ministro Saavedra pidió informe sobre esta petición de Marchena á nuestro Embajador en París D. José Nicolás de Azara, persona (como es sabido) de grande ilustración y cultura literaria y artística, pero que, por haber trocado en odio su antigua afición á los

principios de la Revolución francesa, no podía mirar con buenos ojos á los que en ella habían tomado tan activa parte. Contestó, pues, al Ministro que Marchena era una cabeza destornillada, alegando en prueba de ello que había compuesto y publicado un libro en defensa del Ateísmo, que probablemente sería el *Ensayo de Teología*, impreso el año anterior.

Con tales informes es claro que no había de prosperar la pretensión de Marchena, y fué lástima; porque en vez de continuar perdiendo el tiempo en tales *teologías espinosistas*, y en otras aberraciones más ó menos perjudiciales para su buen nombre, hubiera arrebatado á Knust la honra de copiar el primero los fragmentos de la ley primitiva de los visogodos, que aquél no leyó hasta 1828; y á Bluhme la de publicarlos con casi medio siglo de antelación, puesto que la edición de éste, única que tenemos hasta ahora, no apareció hasta 1846 (1). El haber fijado su atención en el palimpsesto de París y haber comprendido toda su importancia en 1798, es sin duda uno de los rasgos que más evidencian el claro entendimiento de

(1) *Die westgothische Antiqua oder das Gesetzbuch Recareds des ersten*. Halle, 1847. Posteriormente, el profesor de Bolonia Augusto Gaudenzi ha descubierto en Inglaterra nuevos capítulos de esta ú otra semejante compilación primitiva de Derecho visigótico.